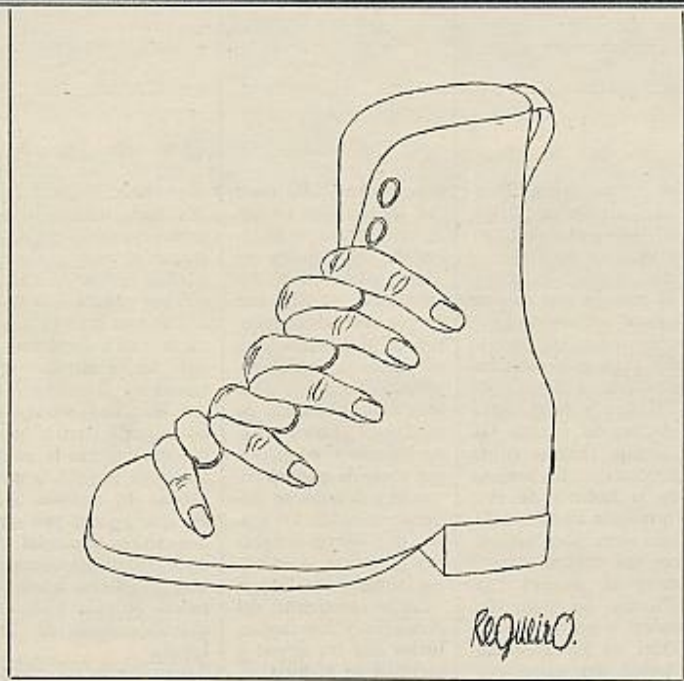


satíricos, había de resultar, evidentemente, equivocada y tópica. La historia verdadera no puede sostenerse sobre este género de pullas de dominio público, pero de intención privada. Y, sin embargo, es probable que la sátira encierre un valor considerable como fuente, que no por apasionada y maligna ha de perder su inmenso valor de testimonio caliente y próximo.

La edición antológica de Teófanis Egido —«Sátiras políticas de la España Moderna», Alianza Editorial, número 473— pone en manos del lector medio una preciosa selección, escogida entre la selva que constituye este género de difícil encuadre preceptivo y tan diverso valor literario. En su lectura se nos ofrece una estupenda panorámica de esa historia moderna, no en su hollada superficie de manual, sino a través de la intrincada catacumba de la opinión pública o, quizá mejor, del público sentir.

La sátira, en efecto, tiene una historia paralela a la de la opinión. Es su fuente, en buena medida, siempre que no se olvide que también es el reflejo de su presencia pública. De ahí que tradicionalmente se haya pretendido atribuir el género a la musa popular, por la misma razón que se ha creído que la tirana o la soledad eran cantes salidos mágicamente —y valga la significativa proximidad semántica— del magín popular. La cuidadosa e inteligente versión de Teófanis Egido pone especial cuidado en prevenirnos contra esta ilusión y en recalcar, por si hiciera falta —que la hace—, el origen culto y nobiliario de las composiciones satíricas de estirpe política. La sátira, como señala repetidamente Egido, es un género de noble cuna y un arma del cumplido armario estamental: fueron las camarillas aristocráticas, amenazadas en el marco sociopolítico del Estado Moderno con la merma irrepara-



ble de sus roles públicos y, sobre todo, con la sistemática poda de sus privilegios, quienes idearon, protegieron y financiaron la vasta manobra infamante contra los nuevos amos. Salida de los nobles conciliábulos, la sátira descendiendo al pueblo por el propio peso de su constitución y por la gravedad de su espesa factura literaria. De ahí el tramposo disfraz populachero con que la sátira enmascara el descaído de un estamento resentido que no se resignaba a verse desplazado por la nueva y dirigente clase burocrática.

Su minucioso conocimiento del tema permite a Egido el acierto de recobrar para la presente edición piezas muy añejas del género, incluyéndolas en un índice que, cronológicamente, abarca desde los Reyes Católicos a Carlos IV, es decir, todo el largo proceso de encubrimiento y posterior declive de la monarquía española. Ello nos pone ya en la pista de algo sintomático: que la sátira, como género que acompaña al desarrollo sociohistórico de la opinión —o comoquiera que llamemos a la conciencia creciente de la comunidad— (vid. la ingente obra de Maravall, «Estado Moderno y mentalidad social», «Revista de Occidente»), consiste en una estructura institucional en la que juega un papel esen-

cial lo que los súbditos piensan. Así, esta antología demuestra que a mayor debilidad institucional, mayor volumen y más afilada mordiente satírica, lo que quiere decir que, de algún modo, entre otras cosas, la opinión pública participaba muy sensiblemente del sentimiento de fortaleza que engendró y nutrió la idea del Estado Moderno, o dicho de otro modo, que la gente comparte, en cierto grado, la imagen del héroe y acepta su virtud como principio in cuestionable de legitimación política.

En este mismo plano, el contenido de la sátira prueba con qué malhumor acoge la nobleza la presencia invasora de la clase burocrática, digámoslo así, ya que no es fácil acuñar referencias de significado más preciso. El Estado Moderno tiene necesidades nuevas para las que los estamentos no estaban debidamente preparados. De ahí que eche manos del burócrata, generalmente del «letrado», quien, a su vez, y desde el Poder, irá acuñando un nuevo sentimiento estamental, como ha estudiado también Maravall.

No podemos extendernos aquí sobre tantos aspectos como sugiere la lectura de esta apasionante antología. Señalaremos, no obstante, que su muestra comprende desde las «quejas» elevadas en tiempos de los Reyes Católi-

cos hasta los papeles dieciochescos, pasando por Austrias y Borbones como un eco prolongado y estridente de la Decadencia. En todas las épocas —y ello es fundamental— la sátira revela su inspiración aristocrática. No presenta, sin embargo, una forma unánime, porque, como es lógico, era preciso esconder la paternidad de las composiciones y, al mismo tiempo, adaptarlas a su destino público. Todos los talentos satíricos —con la excepción de los que escribieron en el período barroco— ocultaron su personalidad bajo formas deliberadamente «populares», es decir, torcieron el trenzado de la escritura en el torniquete artificioso de una expresión vulgar. Y es que la sátira no es una broma inocente, sino un arma de la «oposición» política que, por cierto, obtuvo considerables éxitos, especialmente en la etapa final, es decir, cuando ya existía una opinión más enteriza y capaz de servir de base a los proyectos más o menos declarados de agitación social. La presente antología contiene, junto con los anónimos, nombres de tan alta alcurnia literaria como Villamediana o Quevedo, ambos severamente castigados en consecuencia, como es sabido. Estas famosas prisiones y destierros prueban que la sátira era conceptual, efectivamente, como un peligroso instru-

mento político, e incluso como un delito de lesa majestad. Pero el aparato represor de la monarquía no fue bastante para atajar esta especie de periodismo underground que suministró al pueblo, durante siglos, implacablemente, una especie de conciencia airada contra lo establecido, que, en definitiva, no era sino la expresión de malquerencias y ambiciones de la clase desplazada del poder.

La sátira alcanza su cenit en la época barroca, y en su horizonte perfila definitivamente las posibilidades y maneras del género, de la mano, como se ha visto, de bien calificados maestros. En las composiciones del XVII está por ello el caudal literariamente más estimable, así como el que revela con más atento detalle el drama tenazmente oculto de la Decadencia. Véanse, como ejemplo, las diversas obras que aluden a los gobernantes impuestos por Felipe III y Felipe IV. (Por cierto, repárese en la invectiva contra «el confesor» real, que no es otro que el famoso P. Aliaga, el mismo que tal vez se ocultó bajo el seudónimo de Fernández de Avellaneda para escribir la, a mi entender, espléndida continuación del Quijote cervantino, y de quien, no obstante, dice aquí el conde de Villamediana que «simple siempre lo fue...») Los papeles insidiosos contra los validos y gobernantes primados, las temibles, y muchas veces obscenas, difamaciones contra las reales personas; los rejos contra la vida privada de los grandes, y aun de los mayúsculos: todo el arsenal de la sátira es revelador, con independencia de su veracidad o de su falacia, porque transparenta la imagen que el pueblo tuvo del Poder, de la clase dirigente y del sistema social en su conjunto. Esa imagen corrobora la antigüedad de algunos tópicos hispanos y su manipulación interesada, al

tiempo que descubre la persistencia de ciertos motivos emocionales usados por la propaganda política —la apelación a la honra, la tónica machista, la xenofobia, la denuncia del agio (ajeno) y, en fin, la curiosa convivencia del sentimiento ultramontano y el reflejo anticlerical, tomados ambos como argumentos políticos.

Son, pues, muchos los aspectos interesantes que ofrece esta antología de «la otra historia», es decir, de la historia alejada del uso académico y de la costumbre encomiástica, de la historia agria escrita bajo cuerda y dictada por el descontento, por la humillación y, a veces, por el sentido común. Hay que señalar, por último, que la edición de Teófanis Egido, aligerada de mucha ganga inútil, ofrece un panorama resumido, pero muy completo, de su larga evolución, al tiempo que contiene una adecuada referencia histórica en la que no falta el imprescindible aparato erudito que enriquece decisivamente una edición cuidadísima en todos sus aspectos. ■ JOSE ANTONIO GOMEZ MARIN.

Cuatro ensayos políticos

En 1968 se editaba en España un libro inquietante, agudo, objetivo como una operación matemática y exacto como una exéresis microquirúrgica. Se trataba de una serie de ensayos, «Política y delito», obra de un escritor alemán: Hans Magnus Enzensberger.

Acaba de aparecer ahora otra colección de sus ensayos recientes (1): «Interrogatorio en La Habana. Autorretrato de la contrarrevolución», «Imagen de un partido: Antecedentes, estructura e ideología del Partido Comunista de Cuba», «Turismo re-

(1) «El interrogatorio de La Habana. Autorretrato de la contrarrevolución y otros ensayos políticos». Hans Magnus Enzensberger. Anagrama. Barcelona, 1973.

volucionario», «Las Casas, o una mirada retrospectiva hacia el futuro». Estos cuatro trabajos muestran las mismas características que los contenidos en el libro anterior. Una prosa directa y objetiva, libre de efectismos, deliberadamente emparentada con la narración científica. Un punto de vista en apariencia desapasionado que no oculta los impulsos que animan al escritor, pero que privan de sentimentalismo, de toda veleidad melodramática, el ejercicio de decorticar e incidir los focos purulentos, el arte de establecer las causas y las líneas maestras de los hechos oscuros de la historia. No en vano se habla de Brecht al nombrar a Enzensberger, quizá porque ambos se «extrañan» del objeto a analizar para investigarlo y ofrecerlo con mayor riqueza y claridad. Ese tono distanciado, en apariencia neutral, destinado a descubrir los hechos y mostrar la indigencia, falsía e imposibilidad de ser neutral, es una constante en los discursos políticos de Enzensberger.

En efecto, los cuatro ensayos que forman el libro son otros tantos textos políticos, publicados entre 1969 y 1972. El primero, y el que en principio despertaba mi mayor interés, analiza los esquemas mentales o razones de clase de los mercenarios cubanos encuadrados por la CIA que invadieron Cuba y fueron derrotados en Playa Girón o Bahía Cochinos, tanto da, por las Fuerzas Armadas y las milicias populares. El núcleo de esta investigación no es el prolijo relato de los antecedentes y azares de la invasión, sino, ante todo, el interrogatorio público de los prisioneros. Se desarrolló éste durante cuatro tardes de abril de 1961, y fue transmitido por radio y televisión. El texto de los interrogatorios públicos es el auténtico objeto de análisis, demostrativo de cuáles son los esquemas men-

tales de una clase dominante, capaz de revolverse violentamente contra el pueblo al ser desplazada del poder y perder sus posesiones y privilegios.

Lo típico, lo específico de esta situación, es el hecho de que el pueblo escarnecido y explotado de ayer sienta a sus antiguos señores ante el mundo, y les hace exponer su ideario, su concepción de la sociedad y del hombre. Pero para llegar a esto es necesario vencer; entre tanto, la clase en el poder se protege siempre tras un muro de mitologías y mentiras. «Es evidente —dice Enzensberger— que una clase dominante no permite que se la interroge, a menos que ya esté vencida... La clase gobernante sólo puede ser obligada a hablar en calidad de contrarrevolución vencida».

Las declaraciones de estos mercenarios sirven para poner en claro cómo es y cómo piensa la burguesía cubana partícipe de esta aventura militar contra las transformaciones populares de su país. Así, el escritor, recogiendo testimonios, establece las líneas fundamentales que caracterizan a este grupo humano, su noción de propiedad, socialismo, libertad, democracia, etcétera. Sus vínculos con la represión y la tortura. Todos rechazan cualquier parentesco político o amistoso con Calviño —mercenario también y antiguo policía político: «uno de los peores verdugos de Batista». Quieren distanciarse de la cara sucia y horrible de sus formas de dominación: la represión sangrienta, como si hicieran abstracción mental y no comprendieran que a ella «deben su poder y todos la sirven».

En definitiva, los interrogatorios son una demostración, un espectáculo teatral —pues son convencionales: convención al más alto nivel histórico—. Así lo entiende también Enzensberger y así lo comprendió Manfred Wekwerth, quien montó

en el Deutsches Theater, de Berlín Oriental (1970), este «Interrogatorio en La Habana» con el texto establecido por el autor de este ensayo esclarecedor.

El segundo trabajo del libro está dedicado a establecer el grado de vitalidad y presencia efectiva del Partido Comunista cubano en la Revolución. El análisis de la historia de esta formación antes de 1959, sólo sirve para establecer las contradicciones entre el antiguo PSP (Partido Socialista Popular) y las «ideas» de Fidel en los años cincuenta. Su papel después se abre sobre el posible enfrentamiento entre lo que debiera ser trabajo colectivo partidista y dirección personalista de Fidel. Enzensberger hace una afirmación inquietante: «Fidel necesita al Partido, pero no lo puede soportar», por eso, concluye, esta es una organización política «sin comités electos, sin congresos, sin estatutos, sin programa político... Un Partido sin raíces históricas, sin sustancias teóricas; un Partido sin poder...». Inquietante, repito, en el análisis efectuado.

«El turismo revolucionario» es un estudio histórico de cómo la izquierda europea ha testimoniado en sus escritos sus visitas a la URSS desde los días de la Revolución. De la opinión de quienes ensalzan sin límites a quienes critican sin método, de los decepcionados a los objetivos, saca la conclusión de que ya no hay excusas: hay que ir, hay que ver, hay que analizar, ahora que los intermediarios —instituciones como la «delegación» rusa— se baten en retirada.

Por fin, el estupendo estudio sobre la obra del dominico español Bartolomé de las Casas (1474-1566), demuestra su conocimiento de la obra de este apasionado y lúcido defensor de los indios americanos, acusador implacable de la rapiña de los conquistadores españoles en las tierras recién

descubiertas. Este español ilustre, que no tiene una estatua, ni un recuerdo, ni siquiera sepulcro conocido, al que se intentó aplacar con cargos que sólo sirvieron de plataforma a su permanente requisitoria pública, fue y ha sido secularmente blanco de calumnias, insultos, agresiones y vituperios por parte de quienes entodios y después se sintieron atacados: los grupos que vieron peligrar sus intereses económicos de casta ante la predicación justiciera del dominico y los intelectuales que les sirven y escriben su historia.

Este último trabajo de Enzensberger ayuda a restituírnos la figura de De las Casas, por encima de patrañas, odios o insuficiencias científicas. Un De las Casas que ya entonces —aun respetuoso del orden establecido, como hombre de su tiempo— reconocía, sin embargo, que los pueblos oprimidos mantienen «una lucha justa, que cualquiera que fuera hombre razonable y justo la justificaría». ■ J. A. HORMIGON.

La Iglesia en la España contemporánea

Con un título que orientará («Las asociaciones religiosas en la España contemporánea»), le publica la Editorial Taurus a José Manuel Castells una excelente contribución a la historia contemporánea de la Iglesia española.

La Iglesia española —como dice muy bien el profesor Artola— es la gran ignorada de nuestra historiografía, a pesar de haber sido la protagonista principal de casi toda nuestra historia.

Nuestra Iglesia, profundamente clerical, ha tenido dos momentos en que pudo haberse liberado de este mal endémico que llevamos a cuestas todos los españoles creyentes y no creyentes. Y estas dos ocasiones fueron las de las dos Repúblicas, pero no supimos aprove-

char tales oportunidades para nuestra desgracia, para nuestro atraso y para nuestra pérdida inútil de energías en contra o a favor de esta gran organización tan anticuada que ha resultado la Iglesia en España.

El libro de Castells, en un lenguaje claro y que procura hacerlo lo más asequible posible, a pesar de los muchos datos que aporta, nos da una visión imparcial y nada partidista —cosa bien difícil en nuestro país— de esta historia contemporánea de la Iglesia.

Aquí vemos con claridad que «el anticlericalismo de 1868 respondía a un movimiento eminentemente popular», y por primera vez en nuestra historia se oyeron entonces en nuestras Cortes ataques claros y decididos a nuestro catolicismo tradicional. Pero aquello duró bien poco. La fuerza de muchos grupos religiosos conservadores y de la estructura eclesiástica dio al traste con las posibilidades de aquellos momentos.

Es por demás interesante la última parte del libro, en donde se describe con gran precisión la historia de la Iglesia durante nuestra Segunda República, y que deberían conocer mejor la mayoría de los españoles, que son aquellos que no pudieron estar presentes físicamente por su edad en tales momentos.

Muy significativo del buen espíritu con el que los intelectuales de la República quisieron enfocar el problema religioso para buscar una fórmula de independencia digna entre el Estado y la Iglesia fue el anteproyecto que la Comisión Jurídica elaboró de la nueva Constitución de la República. Aceptaba esta Comisión la separación de la Iglesia y del Estado, otorgando a aquella «la configuración de corporación especial de derecho público». Pero, aunque los intelectuales republicanos vieron bien esta propuesta, y el Va-

ticano parecía inclinarse por esta fórmula, los grupos católicos y la mayoría de los grupos políticos republicanos echaron al traste esta solución inteligente y ejemplar, que es la que se había ensayado en Alemania con la Constitución de Weimar.

Únicamente echo a faltar en estos datos la propuesta de última hora de los diputados católicos de oposición, propugnando una nueva redacción en sentido favorable a la libertad religiosa. Curiosa postura cuando ya habían perdido toda posibilidad de un claro y exclusivo privilegio para la Iglesia católica.

Un libro imprescindible es éste para nuestra historia religiosa contemporánea. ■ ENRIQUE MIRET MAGDALENA.

ARTE

Hace ya algunos años —no pocos— que Guillermo Delgado se escapó de la vanguardia del arte. Dimitió de ella. Se fue de ella no por el miedo que puede llegar a producir la primera línea, aunque no sea más que la del arte. No por el deseo de abandonar la inseguridad en la lucha. Se fue... acaso por el tedio de tener que buscar siempre lo que no se sabe si existe; se fue por el deseo de dejar a la vanguardia para dedicarse exclusivamente a la pintura... Yo creo que él antes buscaba a la pintura desde la vanguardia. Pues ha cambiado de táctica y de camino. Ahora él —sigo creyendo— se ha puesto a buscar a la vanguardia desde la pintura. Ahora tiene abierta una exposición en Madrid.